

Sheila Jeffreys

La herejía lesbiana

Una perspectiva feminista
de la revolución sexual lesbiana



FEMINISMOS

La obra de Sheila Jeffreys —teórica feminista lesbiana de origen británico, afincada en Australia— parte de la tesis de que la lucha política de las lesbianas tiene que ver más con el movimiento contra la opresión de las mujeres, es decir, con el feminismo, que con la reivindicación de los homosexuales varones por sus derechos y la cultura y teorización de su visibilidad. El olvido de esta diferencia implica para el lesbianismo un distanciamiento del feminismo. Jeffreys intenta demostrar que la actual construcción del lesbianismo supone su ocultación bajo una homologación a la homosexualidad masculina y, simultáneamente, su alejamiento del feminismo.

Sheila Jeffreys rechaza las relaciones de dominación-sumisión, aun entre lesbianas, y reivindica relaciones sexuales y amorosas igualitarias, así como el sentido de la colectividad y la comunidad, en primer lugar con otras lesbianas, pero también con las otras mujeres, cuya amistad motiva la lucha feminista.

Dedicatoria a Sandy Horn^[*]

Dedico este libro a mi amiga Sandy Horn. Para mí, Sandy encarna el humor, la creatividad y las agallas que ha necesitado la comunidad lesbiana para sobrevivir. Sandy tomó conciencia de la necesidad de potenciar esta comunidad en San Francisco a finales de los años 50, tras sobrevivir al ataque a la libertad sexual que supuso el macartismo, gracias al apoyo de otras compañeras lesbianas y compañeros gays que se encontraban en la misma situación. Se enfrentaron a una sociedad hostil con una risa amarga que Sandy sigue empleando con mucho éxito. Sandy abandonó San Francisco antes de que se convirtiera en una ciudad cómoda para las lesbianas y los gays y en 1965 se trasladó a Londres. Tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña participó en las organizaciones políticas de lesbianas de los sesenta como las Hijas de Bilitis y el Grupo de Investigación de Minorías, de Londres.

En 1974 Sandy confeccionó la primera edición de la *Gaia's Guide*, la primera guía para lesbianas y otras viajeras, con información sobre lugares seguros de hospedaje y de encuentro. Desde sus comienzos incluía una gran cantidad de referencias feministas como centros de mujeres, clínicas, librerías y centros de acogida para mujeres violadas. Editó la *Gaia's Guide* durante dieciocho años y llegó a vender hasta 8500 ejemplares en 1986, consiguiendo así la hazaña de crear una red internacional de conexiones lesbianas. Sandy tiene un extraordinario talento para establecer este tipo de redes de conexión. Es una fuente inagotable de información y no cesa de establecer contactos entre lesbia-

nas, llevando la responsabilidad de *Gaia's Guide* hasta el punto de presentar personalmente a las lesbianas viajeras los lugares que deberían visitar y a las lesbianas que deberían conocer en Londres. Sandy ha estado siempre en el centro de la comunidad lesbiana, ha contribuido siempre a mantenerla con vida y sigue haciéndolo.

Conocí a Sandy en 1985, pero no nos hicimos amigas hasta 1986 cuando comenzó a trabajar en el Grupo de Historia Lesbiana de Londres y también en Mujeres contra la Violencia contra las Mujeres. Dentro del Grupo de Historia Lesbiana es un punto de referencia y suele dejar boquiabiertas a las compañeras nuevas y más jóvenes con sus vastos conocimientos y experiencia de la historia y cultura lesbianas. En 1988 se hizo cargo de la publicidad de la escuela de verano del Archivo Lesbiano y, desde que empezaran tiempos difíciles para el Archivo y le fue retirada la subvención en abril de 1991, ha empleado toda su energía para ayudar a mantenerlo con vida y abierto a las lesbianas contando sólo con la fuerza de su voluntad. Sandy suma a su dedicación al bienestar de las lesbianas y a la creación de una cultura lesbiana una aguda conciencia feminista, sobre todo en lo que respecta a la violencia contra las mujeres y a los abusos sexuales de las niñas.

Mucho de lo que se apunta en *La herejía lesbiana* tal vez provoque un sentimiento de desesperación en las lesbianas respecto al futuro de nuestra comunidad. Por esta razón es importante conocer el trabajo de lesbianas como Sandy, que han ayudado a mantener con vida la comunidad lesbiana tanto en los malos como en los buenos tiempos y que saben ver a través y más allá de las urgencias del momento, como puede ser la revolución sexual lesbiana.

Sandy tiene el don de la amistad. Aquí en Australia he conocido y he sabido de lesbianas que disfrutaron de este don hace veinte o incluso veinticinco años. Estoy encantada de ser amiga de Sandy y nuestra amistad significa para mí la unión de dos tradiciones del ser lesbiana. Procedemos

de dos lugares bien distintos: San Francisco en los años 50 y el lesbianismo político de los setenta en Gran Bretaña; pero nos une el cariño y coincidimos, aunque no del todo, sobre lo que sería necesario para alcanzar la liberación lesbiana en los noventa.

Con mi más cordial amistad lesbiana.

Sheila Jeffreys, Melbourne, marzo de 1993.

Introducción

La teoría política del feminismo lesbiano transformó el lesbianismo de una práctica sexual vilipendiada en una idea y una práctica política que ponía en entredicho la supremacía masculina y la institución básica de la heterosexualidad. En los años 70 las feministas lesbianas pusieron voz a este desafío. Fue un acto de herejía. Lo fundamental de la práctica del feminismo lesbiano fue el rechazo de la construcción del lesbianismo que hacía la sexología. Quedaron desterradas las ideas de la clase médica: que el lesbianismo era una anomalía congénita; que el lesbianismo tenía determinantes psicológicos; que era resultado de la envidia del pene; que el lesbianismo era una desviación que merecía figurar en los libros de texto sexológicos junto a los abusos sexuales de menores y al fetichismo de la ropa interior.

Estábamos construyendo un nuevo universo feminista. A partir de la autoconsciencia, en un ambiente de gran optimismo, redefinimos el lesbianismo como una saludable elección para las mujeres, basada en la autoestima, el amor por otras mujeres y el rechazo de la opresión masculina. Toda mujer podía ser lesbiana. Se trataba de una opción política revolucionaria que, si millones de mujeres la adoptaran, llevaría a la desestabilización de la supremacía masculina, en la medida en que los varones perderían los fundamentos de su poder, sustentado en los servicios domésticos, sexuales, reproductivos, económicos y emocionales desinteresados y no remunerados de las mujeres. Sería la base a partir de la cual podríamos desarmar el poder masculino. Crearía un universo alternativo para la construcción de una nueva

sexualidad, una nueva ética, una nueva cultura en contra de la corriente dominante masculina (*malestream*). Un núcleo energético desde donde irradiarían nuevos valores positivos, feministas y lesbianos, transformando el mundo a favor de las mujeres y acabando con la sado-sociedad.

Las feministas lesbianas tuvieron un papel decisivo en la construcción de gran parte de los elementos básicos de la comunidad lesbiana que hoy en día dan por sentados las jóvenes que comienzan a conocerse como lesbianas. Creamos editoriales y archivos lesbianos, fiestas, centros sociales, grupos de apoyo y grupos para «salir del armario». Derramamos un mar de ideas en forma de boletines, revistas y libros. Algunas de las mujeres que contribuyeron a la construcción de una cultura lesbiana durante aquellos años mantienen ahora una actitud profundamente crítica ante el feminismo lesbiano y se están distanciando de él. Sin embargo, me atrevería a decir que en aquél entonces, hace tan sólo unos años, la mayoría de las lesbianas de siempre y de las nuevas lesbianas políticas compartía unos valores feministas comunes y esa energía creada por un movimiento revolucionario fue la fuerza impulsora de todas estas actividades. Lesbianas de clase trabajadora, lesbianas negras, lesbianas pertenecientes a las minorías étnicas y lesbianas indígenas: todas ellas participaron desde el principio en el feminismo lesbiano en todos los países del mundo occidental, aunque tal vez no fueran muy numerosas y aunque sus voces no se escucharan hasta finales de los años 70.

Escribí este libro para ayudarme a mí misma y a otras feministas lesbianas a comprender la reacción que se produjo contra esa política en las décadas de los 80 y los 90. Naomi Wolf y Susan Faludi han documentado de forma convincente la reacción contra el feminismo en general, y la magnífica antología *The Sexual Liberals and the Attack on Feminism* (Los Liberales Sexuales y el Ataque contra el Feminismo) recoge la reacción contra el análisis feminista de la sexualidad y de la pornografía^[1]. La reacción contra el feminismo se in-

terpreta generalmente como un ataque de las fuerzas reaccionarias de la supremacía masculina, al margen del propio movimiento de liberación de las mujeres. Es cierto que este ataque se ha producido, como resultado del triunfo de la política conservadora en el mundo occidental a lo largo de la última década, pero también es preciso reconocer que, conforme aumente la presión de las fuerzas externas al movimiento feminista, se romperán filas dentro del propio movimiento. Como reveló el libro citado sobre los *liberales sexuales*, muchas de las voces que se alzaron en defensa de la pornografía en los años 80 pertenecían a feministas de solera, incluso a profesoras de estudios de las mujeres, y no procedían sólo de la industria pornográfica de gran consumo.

Dentro de la comunidad lesbiana se ha producido una reacción parecida. El conservadurismo de la corriente masculina dominante de los 80 tuvo consecuencias especialmente nocivas para las vidas de las lesbianas y de los homosexuales. Los grupos y gobiernos conservadores eligieron a las lesbianas y a los homosexuales como cabezas de turco para desviar la atención de las divisiones sociales cada vez más profundas, generadas por su política económica. En Gran Bretaña, una enmienda a la *Ley de Gobierno Local* de 1988 prohibió «el fomento de la homosexualidad» y en los EE.UU. y en Queensland, Australia, hubo intentos fallidos de promulgar leyes análogas. Las propuestas estaban redactadas en idénticos términos y hubo organizaciones internacionales que sufragaron y orquestaron esta acometida contra los derechos de las lesbianas y los homosexuales. Estos ataques se vieron favorecidos por la histeria provocada por el sida que puso en su punto de mira a los homosexuales y a las lesbianas, aunque estas últimas tuvieran escasas probabilidades de contraer el virus a través de su práctica sexual. Con los prejuicios contra los homosexuales aumentó también la violencia física en su contra. Fue una época difícil para ser lesbiana. Estas presiones acarrea-

ron algunos cambios en la comunidad lesbiana, una mayor aceptación de la política y de las prioridades de los varones gays, así como (y esto resulta curioso) una vuelta al modelo sexológico por parte de algunas teóricas lesbianas. Nació una nueva política de la proscripción, de la desviación sexual, basada en las construcciones de la sexología, una política ya desarrollada por algunos hombres gays que entra en contradicción directa con la filosofía del feminismo lesbiano.

El presente libro trata de la fragmentación de la comunidad lesbiana a consecuencia de los ataques contra la política feminista. Mientras en los años 70 las ideas del feminismo lesbiano parecían dominar la política lesbiana, esta situación se invirtió claramente a lo largo de los 80. En la medida en que se retomaban los modelos sexológicos que las feministas lesbianas se habían empeñado en erradicar, se nos tildaba de estar en contra del sexo, de políticamente correctas, de esencialistas, de idealistas. Muchas feministas lesbianas que consideraban la comunidad lesbiana como su hogar tuvieron que aceptar que otras lesbianas las vieran ahora como una minoría extremista y muy impopular. A principios de los 70 fueron justamente las feministas lesbianas quienes organizaron el tipo de actos que permitieron la constitución de una comunidad lesbiana. El trabajo de las feministas lesbianas fue decisivo para la creación de una comunidad lesbiana en los países occidentales, la misma que ahora margina al feminismo lesbiano.

Temo que algunas lectoras lesbianas reaccionarán con indignación ante los argumentos que se apuntan en este libro, es decir que la pornografía, el sadomasoquismo y los roles sexuales estereotipados son incompatibles con un proyecto feminista lesbiano. No todas las que cultivan o apoyan estas prácticas están, en contra del feminismo. Algunas dirán que ellas sí son feministas y lógicamente se enfadarán si alguien insinúa lo contrario. Por esta razón me parece útil distinguir entre las feministas lesbianas y las les-

bianas que, además son feministas. En la filosofía feminista lesbiana, los términos «lesbiana» y «feminista» se incluyen el uno al otro: el lesbianismo es feminista y el feminismo es lesbiano. Hay muchas lesbianas que trabajan activamente en una política no específicamente feminista en favor de la igualdad de derechos para las lesbianas (de hecho, es casi idéntica a la de los homosexuales) y que a la vez son feministas por lo que respecta a la igualdad de salarios, el aborto y el acoso sexual. Pero su lesbianismo y su feminismo están separados: existen en compartimientos herméticamente sellados.

En la filosofía feminista lesbiana, la teoría y la práctica del lesbianismo se construyen a través del feminismo. El concepto feminista de que lo personal es político supone, por lo tanto, un análisis de todos los aspectos de la vida lesbiana en función del proyecto feminista. Uno de los descubrimientos esenciales del feminismo es la importancia de la integridad y la coherencia. Todo está interrelacionado con todo. Nadie vive en el vacío y ningún aspecto de nuestra vida es totalmente independiente de los demás. En los años 70 existía la profunda determinación de rehacer nuestras vidas para adecuarlas a nuestra visión de un futuro feminista. Para muchas esto sigue siendo cierto, aunque las exigencias de la vida en los 80, la necesidad de encontrar un puesto de trabajo y el impacto de los gobiernos conservadores nos han llevado en muchos casos a mantener posturas menos estrictas.

El rigor del feminismo lesbiano de los 70 puede apreciarse en el debate sobre ciertos aspectos de la política personal, como la atracción basada únicamente en la apariencia física, el «ligue». Muchas consideraban y siguen considerando el «ligue» como una cosificación, como un comportamiento basado en unos patrones sobre la belleza física profundamente discriminatorios y a veces hasta racistas y marcados por un prejuicio contra las personas con discapacidades, reflejo de una construcción de la sexualidad

contraria a los intereses de las mujeres. El simple impulso aprendido de la atracción física hacia una extraña no se consideraba una buena manera de iniciar una relación. No todas las lesbianas estaban seguras de haber superado o de querer superar esta práctica sexual aprendida, pero se discutían estos temas con una gran dosis de buena voluntad y dedicación. Aunque hoy en día estas ideas puedan parecer más bien estafalarias, de hecho estaban bastante aceptadas entre los homosexuales integrados en el movimiento de liberación gay, entonces profundamente imbuido por los principios feministas. Asimismo, algunos hombres examinaban con actitud crítica su política de la vida cotidiana^[2]. Una postura que resulta bastante inconcebible en el contexto de la cultura gay actual, donde los medios de comunicación y las actividades de ocio creados por la industria del sexo se basan precisamente en el principio del «ligue».

La monogamia y la no-monogamia eran objeto de acalorados debates. La ética de las relaciones personales, entendidas como un microcosmos de las relaciones políticas del poder masculino y, por lo tanto, sumamente relevantes se encontraba en el centro de la reflexión política. Lo cual no significa que existiera un consenso general (cosa muy poco probable en cualquier grupo de lesbianas), pero todas partíamos de la base de que nuestra manera de relacionarnos debía reflejar nuestra visión y nuestro proyecto feministas. Ningún aspecto de la vida privada se consideraba excluido del debate político. La propiedad privada era objeto de crítica y se iniciaron proyectos de vida comunitaria y de puesta en común de los ingresos. En las organizaciones feministas lesbianas había y sigue habiendo una preocupación por ofrecer una escala de tarifas para los actos públicos y por compartir el acceso a los recursos. También estos intentos pueden parecer más bien pintorescos en un momento en que las nuevas empresarias lesbianas y empresarios gays intentan sobrevivir ajustándose a las re-

glas del mercado. La vida cotidiana se desarrollaba, en la medida de lo posible, de acuerdo con una perspectiva feminista que a la vez era socialista y antirracista.

El feminismo del feminismo lesbiano es diferente de lo que algunas teóricas feministas lesbianas han denominado «heterofeminismo». El heterofeminismo parte de la base de que las lesbianas son y seguirán siendo una minoría, y que la heterosexualidad constituye, por alguna razón misteriosa, la preferencia, sexual mayoritaria. El feminismo lesbiano transforma el feminismo al poner en entredicho que la heterosexualidad sea un hecho natural, desenmascarándola como una institución política, con la que se propone acabar en pro de la libertad de las mujeres y de su autodeterminación sexual. Ante todo, el feminismo lesbiano persigue la creación de un mundo donde puedan vivir las lesbianas porque en ese mundo todas las mujeres serán libres.

Algunas feministas lesbianas, cansadas y desilusionadas de luchar para conseguir que las feministas heterosexuales tengan realmente en cuenta a las lesbianas, han optado por dejar de llamarse feministas. Se autodenominan lesbianas radicales o, simplemente, separatistas. Por mi parte, no logro concebir cómo podrían dissociarse los intereses de las lesbianas de los intereses de las mujeres como clase y realmente tampoco creo que estos grupos de lesbianas estén en verdad convencidos de que esto sea posible. La famosa afirmación de Monique Wittig: «Las lesbianas no son mujeres», ya que la mujer sólo puede existir en relación con el hombre y las «mujeres» constituyen una clase política, ha llevado a algunas a abandonar la palabra feminista y a cuestionar que sea posible una «liberación de las mujeres» cuando, en realidad, el objetivo de todas debería ser liberarnos de nuestra pertenencia a la clase política de las mujeres^[3]. Wittig considera a las lesbianas como exiliadas de su clase. Sin embargo, incluso como tales, es probable que en el autobús y en el trabajo se nos trate como pertenecientes a la clase «mujeres». Aunque las lesbianas hayan ro-

to con algunos aspectos básicos de la opresión de las mujeres, como el trabajo doméstico, sexual y emocional no remunerado en beneficio de un hombre y las infames condiciones en que a veces se desarrolla, en forma de violencia doméstica o embarazos no deseados, existen otros aspectos de la opresión que no podemos evitar con tanta facilidad.

Capítulo tras capítulo *La herejía lesbiana* rastreará algunos de los procesos acaecidos dentro de la comunidad lesbiana que han ido socavando cualquier tipo de consenso feminista; procesos que han convertido el feminismo lesbiano en una herejía, no ya sólo contra el heteropatriarcado, sino también dentro de la cultura lesbiana. El capítulo 1, «La creación de la diferencia sexual», estudiará el debate surgido entre las historiadoras lesbianas sobre el impacto de la sexología en la construcción de la identidad lesbiana a principios del siglo xx. Algunas historiadoras, como Carroll Smith-Rosenberg y Lillian Faderman, consideran nociva la influencia de la sexología, puesto que estigmatizó las amistades pasionales entre mujeres, socavando así la fuerza del feminismo. Otras, como Esther Newton, al igual que algunos historiadores gays, consideran útil la construcción que hace la sexología de la homosexualidad porque proporciona un modelo de rol sexual y de identidad lesbiana, permitiendo a las lesbianas una expresión sexual que no estaba presente en las amistades pasionales del siglo xix. Por mi parte, mantengo, de acuerdo con Carroll Smith-Rosenberg, que al suscribir las definiciones de la sexología, las lesbianas de los años 20 perdieron el contacto con la anterior generación de hermanas feministas y experimentaron una infranqueable falta de comunicación con ellas. Sugiero que en los años 80 tuvo lugar un proceso análogo cuando una nueva generación de lesbianas volvió a adoptar el lenguaje de la sexología, hablando de comportamientos desviados y congénitos, de *butch* y de *femme*, y abriendo así un abismo de comunicación igualmente destructivo con respecto a

las feministas lesbianas de los 70. En posteriores capítulos examinaré la reconstrucción del lesbianismo a lo largo de los 80 por parte de algunas teóricas lesbianas, de la industria del sexo y de las terapeutas sexuales, así como de la pornografía lesbiana, para adaptado a los preceptos de la sexología.

El capítulo 2, «La revolución sexual lesbiana», estudia la relevancia de un enfoque político de la práctica sexual y cómo han dificultado este análisis los conceptos y el lenguaje del liberalismo. Cuestiona la idea de que cualquier aspecto de la vida sexual pueda ser completamente neutral, personal o individual en términos políticos y expone la dificultad de politizar la práctica sexual sin ser acusada de moralista y arbitraria por las demás lesbianas. A continuación, reconstruye la historia de la industria del sexo lesbiano en los EE.UU., Gran Bretaña y Australia. Analiza la política de una erótica lesbiana, de los juguetes sexuales para lesbianas y de la prostitución de éstas. Finalmente, apunta el peligro de entender el lesbianismo como algo relacionado exclusivamente con el sexo y de que la liberación de las lesbianas pase por la expansión de la industria del sexo.

El capítulo 3 indaga en el origen de la nueva política sexual lesbiana: la terapia sexual lesbiana, componente fundamental de la industria del sexo. Sugiero que las nuevas terapeutas sexuales lesbianas proyectan un tipo de sexualidad basado en los principios del heteropatriarcado, de dominio y sumisión, cosificación y misoginia. Existen, por el contrario, algunos intentos explícitos de las feministas lesbianas de reconstruir una sexualidad en términos de igualdad y amor a las mujeres, que pueden servir para habilitar a las lesbianas e impulsar su liberación y la de todas las mujeres.

Las feministas lesbianas han tendido a definir la identidad lesbiana desde un enfoque construccionista social radical que puede resumirse en el lema de los años 70: «Toda mujer puede ser lesbiana». Esta afirmación ha perdido fuer-

za entre las teóricas lesbianas de los 80 y los 90. Algunas terapeutas sexuales lesbianas están proclamando un nuevo esencialismo. Una de ellas, JoAnn Loulan declara en su libro de 1990, *The Lesbian Erotic Dance* [El baile erótico lesbiano], que «algunas de nosotras simplemente nacemos así»^[4]. El capítulo 4 se centra en este renacimiento del esencialismo en la teoría lesbiana. Este nuevo esencialismo se ha utilizado sobre todo para justificar la reintroducción en la cultura lesbiana de un desequilibrio en el poder erótico mediante los roles de *butch* y de *femme*. Los conceptos de *butch* y *femme* se utilizan ahora para definir no sólo la erótica lesbiana, sino cualquier aspecto de la cultura y la «estética» lesbianas. Por mi parte argumento que un enfoque construccionista social radical de la identidad lesbiana sigue siendo políticamente relevante y es preciso cuestionar la intromisión manipulada de una polaridad erótica, de la división y de las jerarquías, en la cultura y la comunidad lesbianas.

El capítulo 5, «Retorno al género», se ocupa de la «alta», teoría que se está empleando para justificar prácticas tales como los juegos de roles. Estudia el impacto de las ideas postmodernas sobre una determinada versión de la teoría lesbiana y gay. Sostiene que estas ideas —derivadas habitualmente de los escritos de intelectuales franceses, que no tuvieron en cuenta a las mujeres y mucho menos a las lesbianas en la construcción de sus teorías— son adversas a la política del feminismo lesbiano, cosa nada sorprendente. Se centra en la argumentación de algunas teóricas lesbianas, seguidoras de los maestros postmodernos, que postulan la posibilidad de jugar de manera revolucionaria con el género, como medio para desestabilizar el heteropatriarcado. Estas teóricas argumentan que no es posible dejar de lado o rechazar el concepto de género y que los intentos feministas en este sentido son esencialistas o están condenados al fracaso. Según algunas de estas teóricas lesbianas, para las lesbianas y los gays la única vía posible pa-